

## UN ACONTECIMIENTO LITERARIO.

Hace algunos meses que al hablar de la versión inglesa de varios cantares mexicanos, hecha por el eminente americanista M. Brinton, estampaba las siguientes palabras:

«En ningún tiempo han faltado en México personas profundamente versadas en el idioma náhuatl, entre las cuales hay algunas que lo hablan como su lengua propia, y no escasa sería la lista de los que en la actualidad poseen tal conocimiento. Ahora bien: ¿cómo explicar esa punible indiferencia para dejar en el polvo del olvido tantos preciosos documentos, muchos de los cuales han desaparecido con el transcurso del tiempo, y otros, en gran número, han ido á enriquecer las bibliotecas y museos de otros países? Valiosísimos son, sin duda alguna, los trabajos de M. Brinton, de M. Rémi Siméon y de otros sabios filólogos de Europa y Norte América; pero es lícito agregar que en México podrían llevarse á cabo estudios de igual importancia, y más todavía, que México no debería dejarse arrebatarse la primacía en todo lo que se refiere á su propia historia. . . . El Gobierno, con una solicitud digna de aplauso, estableció en la Escuela Preparatoria una cátedra de idioma náhuatl que, servida por el entendido profesor D. Francisco del Paso y Troncoso, facilitará á la juventud el acceso á ese vasto campo de investigaciones, donde hay tanto fruto que recoger y tanta gloria que conquistar.»

Al escribir las anteriores líneas, estaba bien lejos de pensar que los deseos en ellas expresados pronto se realizarían, como ahora me es satisfactorio manifestarlo, al dar cuenta de un precioso documento que acaba de ver la luz pública, y que lleva el siguiente título: *Invención de la Santa Cruz por Santa Elena. Coloquio escrito en mexicano por el Br. D. Manuel de los Santos y Salazar. Lo tradujo libremente al castellano F. P. T.* Desde luego, y á riesgo de mortificar la modestia del traductor, me tomo la licencia de revelar que tras esas iniciales se oculta el nombre del sabio director del Museo Nacional y profesor de idioma mexicano en la Escuela Preparatoria. Esta revelación, por otra parte, era para mí necesaria, porque tratándose de una traducción, cuyo mérito como tal soy incapaz de calificar por mi ignorancia completa en la lengua de Netzahualcóyotl, tenía que dar al lector una garantía de su acertado desempeño, y ninguna otra mejor podía ofrecerle que el nombre de nuestro erudito nahuatlato.

Comienza el Sr. Troncoso con una advertencia en que habla del origen del manuscrito y de la manera con que llegó á sus manos; da algunas noticias del autor, y hace un minucioso análisis de la obra; pone luego el coloquio mexicano, en seguida la traducción castellana, y termina con una serie de notas en que hace gala de su erudición no sólo como filólogo profundo, sino como conocedor experto de la historia y de la literatura en general.

Poco se sabe acerca del Br. Santos y Salazar. Nació en Tlaxcala; fué indio de noble linaje; cantó su primera misa el 28 de Octubre de 1685 en Santa María Acuitlapilco

(Tlaxcala); por primera vez fué cura en 1690 y murió el 19 de Agosto de 1715, siendo cura de Santa Cruz. El original lleva al fin la siguiente nota: «Se acabó jueves día de Corpus á 31 de Mayo del año de 1714, á medio día.»

El asunto de la obra es más comprensivo que su título, porque se trata de la conversión de Constantino, de su victoria sobre Majencio y del hallazgo de la verdadera cruz por Santa Elena. En vano se buscarían en el coloquio las condiciones de una pieza clásica, cuando éstas eran vistas con tanto desdén por los grandes dramaturgos españoles. Escrita en lengua sólo entendida de rudos indígenas, es indudable que su autor no se propuso adquirir gloria literaria ni debió detenerse en escrúpulos de forma. Su objeto fué edificar y dar al mismo tiempo honesto solaz á sus humildes feligreses, poniendo ante sus ojos en cuadros animados esos interesantes episodios de la historia del cristianismo. Sin embargo, la obra del Br. Santos está lejos de ser una composición monstruosa: pasando sobre las unidades de lugar y de tiempo, fácil es descubrir la unidad del pensamiento que sigue sin desviarse desde el principio hasta el fin, pensamiento eminentemente religioso que se mantiene en su desarrollo á la altura del asunto. Los personajes hablan y se mueven con naturalidad; los caracteres están bien trazados y sostenidos; las principales figuras, Constantino, Santa Elena y San Silvestre, se presentan con la dignidad y el decoro de su elevada categoría; la historia ha sido respetada en lo general, y los diálogos corren con esa flexibilidad y esa viveza que forman uno de los más bellos encantos de toda composición teatral. En suma, creo no equivocarme al decir que la *Invención de la Santa Cruz* no carece de mérito literario, y que por ella podemos formarnos ventajosa idea de la cultura y de los talentos dramáticos de su autor.

Conforme al carácter de la pieza y al espíritu de la época, no podían faltar personajes sobrenaturales, ni los graciosos, complemento obligado estos últimos de toda obra dramática. Los primeros están representados por el demonio y un ángel, que simbolizan la lucha entre el mal y el bien, entre la voluntad divina que prepara la paz de la Iglesia por medio de la conversión de Constantino, y los esfuerzos infernales para frustrar el grande acontecimiento despertando la ambición de Majencio, que con las armas disputa al hijo de Santa Elena el imperio del mundo.

Los graciosos son los criados Victorillo y Teodorico, figuras secundarias y episódicas, pero que para nosotros ofrecen interés especial por las reminiscencias que despiertan, como se ve en la siguiente escena:

«*Vict.*—Teodorico, ya tengo comida y bebida. Llegaron los manjares que yo apetecía, todos escogidos. *Destriparé á muchos para comer sus entrañas; á unos degollaré para beber su sangre, á otros desollaré para vestirme con su piel.*

«*Teod.*—Dime: están esos tirados: son ovejuelas, marranillos ó pollitos por ventura? Vamos, te ayudaré porque apetezco carne!

«*Vict.*—No sabes lo que dices. Mataré gente como los soldados.

«*Teod.*—Cómo así! Sabes escoger lo mejor en la guerra?

«*Vict.*—Pues qué, Teodorico, no has visto lo valiente que soy? Cada día mato sesenta ó setenta mil.

«*Teod.*—Cómo es eso! Dime, son tejocotes ó empanadas tal vez? Acaso no te hartas? Te veo siempre delante del hogar, vigilando. Ahora sí voy creyendo en tu valor.

«*Vict.*—Déjame, Teodorico. Hierve ya mi sangre, me amarga la hiel. Ahora probarás mi valentía.»

Estas bufonadas de antropófago, que provocarían la hilaridad del auditorio, prueban

que se conservaba en la memoria de los indígenas el recuerdo de los horrendos sacrificios humanos con que sus antepasados honraban á los dioses, porque de otro modo el autor se habría guardado de escribirlas, no pudiendo ser comprendidas de los espectadores.

El Sr. Troncoso observa que «si los indios habían olvidado ésto, mal hacía quien se lo recordaba:» pero por lo que antes dije, parece que aquel público entendía perfectamente las fúnebres fanfarronadas de Victorico, y que el Br. Santos no creyó peligroso el empleo de palabras y conceptos que debían ser de uso corriente entre los indígenas.

Las mismas ideas se encuentran repetidas en la escena siguiente:

«*Teod.*—Ahora lo verás, gallina clueca; *he de comer tus entrañas, beberé tu sangre y me vestiré con tu piel.*

«*Vict.*—Mira, Teodorico, no mates á este pobre Victorillo.

«*Teod.*—Ríndeme parias y dí lo que me darás.

«*Vict.*—Te daré ochenta mil gallinas asadas.

«*Teod.*—No quiero.

«*Vict.*—Te daré ciento sesenta mil tejocotes.

«*Teod.*—No quiero. Has de morir, y te asaré y te volveré tejocote.

«*Vict.*—*Por vida del muslo de tu padre.*

«*Teod.*—No quiero.

«*Vict.*—*Por vida del hígado y de la hiel de tu madre.*

«*Teod.*—Ahora llevaré tu cabeza: de mis manos irá colgando como jarrillo.»

Las palabras en cursiva no pueden comprenderse sino después de leer la siguiente nota del Sr. Troncoso: «Las expresiones con que uno de los graciosos trataba de persuadir al otro de que no debía causarle mal, entrañan ideas netamente mexicanas. Uno pedía la vida y quería que se la concediera el otro «por el muslo de su padre, por el hígado y la hiel de su madre.» Era el muslo (*metzli*) región privilegiada que, como alguna vez lo demostraré con ejemplos, se había consagrado directamente á la Luna, que también se llamaba *Metzli*: el hueso fémur llamado *metzli* asimismo, era extraído del cuerpo de los sacrificados en ciertas festividades, y llegaba á ser el emblema astronómico de la intercalación del bisiesto en la horrible fiesta de *Cuauhtitlan* que cada cuatro años se celebraba: era tal, por último, la importancia que á la región atribuían, que hasta en las hechicerías desempeñaba papel principal, pues ciertas embaidoras eran llamadas *mometzpipinque* porque chupaban el muslo. El hígado, *elli*, era la entraña por excelencia y simbolizaba estos dos atributos: el valor y la actividad.»

¡Curiosas coincidencias! Sabido es el significado que la palabra muslo, *fémur*, tiene en la Biblia: *et dux de femore ejus*. Por otra parte, la idea de poner en las entrañas, y especialmente en el hígado, el asiento de las pasiones, tiene origen en la más alta antigüedad, contando en su favor con autoridades tan respetables como Platón; y de ello hallamos vestigios en esas frases familiares que han llegado hasta nosotros: *malos hígados; con lo que sana el hígado enferma la bolsa; echar los hígados; echar la hiel; hasta los hígados; querer comer los hígados*, etc.; locuciones todas que indican el papel importantísimo que se ha asignado á esa entraña en los movimientos apasionados.

Nos encontramos todavía con otro pasaje digno de llamar la atención. Con el fin de asegurar la victoria sobre su enemigo, Majencio hace comparecer á su presencia dos hechiceros y les manda que destruyan por medio de sus artes á Constantino y á todos los que le siguen; á lo cual responden:

«*Primer hechicero.*—En realidad de verdad, con agua, aire, fuego y tierra, ni uno quedará: *los dañaré con soplos y les henchiré de gusanos.*»

«*Segundo hechicero.*—Con mi aliento solo, quedarán secos como palo, impedidos y muertos de miedo.»

En efecto, poco después aparecen acompañados de un demonio los dos hechiceros, advirtiéndose que uno de ellos llevará en las manos fuego, agua y tierra, y el otro andará soplando.

«*Primer hech.*—Ten valor!

«*Segundo hech.*—Esfuérzate.

«*Ambos.*—Señor del infierno, ayúdanos, que ya no podemos más!

«*Dem.*—Aquí estoy, no os abandono. Tened ánimo, servidores míos!»

Pero al presentarse combatiendo algunos guerreros de Constantino que llevan la cruz en su estandarte, los hechiceros y el demonio dicen con el mayor desaliento:

«*Dem.*—De verdad, nada valemos ya. Ahí viene lo que nos aniquila: huyamos de su presencia.

«*Primer hech.*—Cuando ví la cruz, luego desmayé. Resplandece mucho en la bandera.

«*Segundo hech.*—Como la niebla cuando sale el sol desaparece ante él, así se desvaneció mi obra delante de la bandera que viene ahí caminando.

«*Dem.*—Oh amigos míos, ya no concluimos! La cruz, árbol de vida, me quitó mi poder.»

En los pasajes citados hay ideas genuinamente aztecas. Desde luego, como observa el Sr. Troncoso, los antiguos mexicanos atribuían á sus adivinos la facultad de causar males ó bienes por medio de soplos. No hay necesidad de detenerse en probar lo que tal creencia contenía de supersticioso; pero no por eso deja de ser notable la coincidencia de semejante abusión con tradiciones y prácticas de origen mucho más respetable. Sabido es que la palabra *espíritu*, antes que substancia inmaterial ha significado soplo, connotaciones que se asocian en el sentido bíblico, de donde procede seguramente la práctica de soplar establecida por la liturgia católica en algunas ceremonias. Por otra parte, el mismo Sr. Troncoso hace notar que al decir uno de los hechiceros que echaría gusanos sobre los soldados de Constantino, no sólo daba á entender que cubriría sus cuerpos de esos asquerosos animales, sino que les causaría enfermedades; porque los mexicanos suponían que ciertos padecimientos eran ocasionados por animales parásitos que se introducían en el organismo, en lo cual parece diseñarse la intuición de los modernos descubrimientos microbiológicos.

La impotencia de los hechiceros al presentarse la cruz; su confusión y su derrota ante el poder divino que aniquila las artes diabólicas, cuya eficacia admitía probablemente el autor, recuerdan un pasaje análogo de Tezozomoc, de sabor azteca mucho más enérgico y primitivo. Afligido Moctezuma, al ver que los españoles desembarcados con Cortés no pensaban irse por donde habían venido, resolvió valerse de «grandes hechiceros y encantadores que comen los corazones de los hombres vivos y los llevan á cuestras de noche, durmiendo, que van encantados. . . . Habiendo enviado muchos mensajeros ó embajadores que los llamasen, vinieron luego todos ellos, y vinieron asimismo los que volvían leones, lobos, culebras, sierpes volantes, y si acaso no vinieren, yo enviaré á mis gentes contra ellos. Venidos ante Moctezuma, hizoles una larga oración, que fuesen á empecer á los venidos por la mar de el cielo, porque ya no quieren volverse, y el remedio de

ello es que vais y hagais vuestros poderíos en tanta manera, que teman de llegar acá y se vuelvan, ó sobre ello echadles profundo sueño que los lleveis á media noche á cuestras y los despeñeis en unas hondas peñas y barrancas, ó comedles los corazones, y si no pudiéredes con ellos, dejadlos que lleguen acá, que aquí hareis á vuestro gusto de ellos, de manera que les pese de haber venido. Partidos otro día, habiéndoles dado Moctezuma preseas de ropas, llegados cerca de la Veracruz, luego que los vieron, comenzaron á repartir unos por un cabo, otros por otro, de manera que tomaron en medio á los cristianos, cada cuadrilla de un oficio, por lo más secreto que pudieron. Dijeron los encantadores que se volvían bravos animales: nosotros queremos probar nuestra ventura, y si no bastare, les comeremos los corazones: y así como llegaron á ellos fué por demás su trabajo, que nunca les pudieron empecer, porque no les hallaban corazones como aquellos que eran católicos cristianos, porque les pareció á ellos que los corazones tenían escurana y humo, y les pareció á ellos no tener corazones: fueron con esto otros, los que echaban culebras ponzoñosas y alacranes: tampoco les pudieron empecer: fueron los hechiceros que comían corvas y pantorrillas, y tampoco pudieron hacer nada con ellos, porque entendían no tener corvas ni pantorrillas: fueron á la postre los que encantaban con sueños y los llevaban á cuestras á despeñar, y como fueron y hallaron guardas y velas, que unos dormían y otros velaban á los que dormían, y con esta vela y centinela jamás pudieron empecerles: y dijeron todos: probemos cuatro noches: probadas las cuatro noches, y no pudiendo empecerles, dijeron: volvamos á nuestro rey á decirle cómo hemos hecho todos nuestros poderíos y no les podemos empecer. Llegados á México, cuéntanle á Moctezuma lo sucedido cada uno de ellos.»

En esta sencilla narración fácil es descubrir el dualismo religioso que llevaba Tezozomoc en el fondo de su conciencia. Como cristiano, admitía la superioridad de la creencia que profesaba, sin que por esto supusiese radicalmente absurda la religión de sus antepasados; así, se ve que no duda del poder sobrenatural que poseían los encantadores, sino que su poder resulta ineficaz ante un poder superior. Esto era, á nuestro juicio, lo que pasaba en el ánimo del Br. Santos, al escribir las escenas que quedan citadas, y esto da el verdadero sentido de la conversión de los indígenas, lo cual no se ocultó á la perspicacia del P. Sahagún, quien dice recibieron á Jesucristo entre sus dioses, como uno de ellos, «conforme á la costumbre antigua que tenían, que cuando venía alguna gente forastera á poblar cerca de los que estaban ya poblados, cuando les parecía tomaban por dios al dios que traían los recién llegados. . . . De esta manera se inclinaron con facilidad á tomar por Dios al Dios de los españoles; pero no para que dejasen los suyos antiguos. . . .»

Por las ligeras observaciones que preceden, se comprenderá la importancia de la obra que á tan feliz término ha llevado el Sr. Troncoso. Pero hay más: esa publicación por mil títulos interesante y curiosa, es sólo el principio de una serie de trabajos, que así á la lingüística como á la literatura y á la historia, prestarán servicios eminentes. Oigamos lo que con tanto acierto nos dice el mismo Sr. Troncoso:

«Las lenguas indígenas ó no se han explotado, ó lo han sido de modo insuficiente. Su literatura casi no se conoce, y difícilmente podrá la ciencia pronunciar su fallo acerca de la cultura de nuestros aborígenes, si desconoce su lengua, sus instituciones, sus costumbres y todo aquello que puede dar idea de la índole del pueblo. No tenían ellos letras en el sentido estrecho de la palabra durante su gentilismo, pero tenían conocimientos, y si les era difícil transmitirlos con su escritura imperfecta, cuando adquirieron la

de los europeos, de ella se sirvieron para revelarnos en su propia lengua el antiguo caudal que poseían. Y lo que á las claras no nos dijeron, á la lengua misma se lo podemos preguntar, que, con facilidad y analizándola, nos lo revelará. Por esto no se debe desechár de la publicación ningún escrito en lenguas indígenas, aunque parezca que su asunto no se aviene con el objeto indicado, porque la lengua simplemente es venero inagotable de conocimientos. Así es que la serie comprenderá indistintamente el Teatro, el Apólogo, la Poesía, la Oratoria, la Filosofía, los Anales, las Leyendas, las Pláticas, y cuanto sea de positiva utilidad para el estudio. El opúsculo que ve la luz ahora, es un ensayo que se repetirá en mayor escala más tarde y quedará comprendido en volumen especial dedicado al Teatro.»

Noticia valiosísima para los amantes de las letras patrias, y en general para todos los americanistas, es la contenida en las anteriores líneas. En efecto; existe una literatura genuinamente indígena, y que en la verdadera acepción de la palabra merece el título de *nacional*, de importancia suma para la filología y las ciencias históricas. Impulsados por el noble deseo de evangelizar á los pueblos conquistados, los misioneros se dedicaron con laudable empeño á la adquisición de las lenguas de aquellos, formando gramáticas y diccionarios cuyo número y cuya variedad asombran. Vino en seguida la necesidad de dar á conocer á los recién convertidos las verdades de la religión que se les predicaba, y de aquí la multitud de sermones, catecismos, santorales y demás obras religiosas, que impresas ó manuscritas han llegado hasta nosotros. Esas enseñanzas tomaron una forma literaria en las piezas dramáticas que con asuntos sagrados se representaban en determinadas ocasiones, y de muchas de las cuales no nos queda, por desgracia, más que la noticia consignada en escritos del tiempo.\* La instrucción

\* En la obra intitulada *Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al Padre Fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España, siendo Comisario general de aquellas partes*, se encuentra la siguiente curiosa descripción de una fiesta, celebrada por los indios de Tlaxomulco (Jalisco), el día de Reyes, 6 de Enero de 1587:

«Tienen costumbre los indios de Tlaxomulco mucho tiempo há, de representar en su pueblo cada año el día de la Epifanía, lo que en aquella pascua y festividad aconteció y pasó como nuestra Madre la Santa Iglesia lo enseña y publica; lo que estando allí el padre Comisario general hicieron en este caso, pasó desta manera. Tenían hecho el portal de Bethlem en el patio de la puerta de la iglesia, casi arrimado á la torre de las campanas, y en él tenían puesto al Niño y á la Madre y al Santo Joseph. Era hecho el portal de unos palos, muy pobre, cubierto con otros palillos, y sobre ellos de uno como moho ó maehojó, que se cría en aquella tierra y en la de México y otras, en las encinas y robles y otros árboles, y esa manera de raicillas ó barbas, asidas unas con otras, muy blandas y delicadas, y en lengua mexicana se llama *paxtli*; y sirve para muchas cosas; á un lado del patio tenían hecha, algo apartada del portal, una ramada, donde estaba Herodes sentado en una silla con grande acompañamiento, representando mucha gravedad y magestad. Desde lo alto de un cerro, de los que están junto al pueblo, vinieron bajando los Reyes á caballo, tan despacio y poco á poco, así por la gravedad, como porque el cerro es muy alto y tiene muy áspero el camino, que se tardaron casi dos horas en bajar y llegar al patio. Traían los Reyes un indio á pié con un guion, y éste venía adelante, y detrás de ellos venía otro de más de ochenta años con un chicuitle á cuestras, con los dones y ofrendas que habían de ofrecer al Niño. En el interin que llegaban salió una danza de ángeles, los cuales, delante del portal danzaron y bailaron, cantando algunas coplas en lengua mexicana, con muchas humillaciones y genuflexiones al Niño. Luego llegó otra danza de pastores cargados de zurrónes y calabazas, y otras cosas, con sus cayados y aderezos pastoriles, aunque muy pobres, y estando todos juntos en medio del patio se descubrió un ángel en una torrecilla hecha de madera en el mismo patio, y cantó *Gloria in excelsis Deo*, &c., á cuya voz cayeron en tierra los pastores como sin sentido, y exhortándolos el ángel en lengua mexicana, y dándoles la nueva del nacimiento del Niño, volvieron en sí, y se levantaron y acudieron todos al portal, con mucho contento y regocijo, y ofrecieron al Niño de lo que llevaban, uno un cabrito, otro un cordero, otro unos panes, y otro una toca, y otros otras cosas, con tanta reverencia que provocaban á los circunstantes á devoción; luego comenzaron á danzar y bailar, y á cantar en la misma lengua mexicana, en alabanza del Niño,

que recibieron los indios puso á muchos de ellos en aptitud de escribir los hechos de sus antepasados ó de comunicar sus conocimientos á los sabios varones que desde el fondo de los monasterios se consagraban á la meritoria labor de investigar los misteriosos orígenes de los americanos. Así fueron conservados los cantares y las antiguas pláticas que tan preciosos secretos nos revelan sobre las creencias, la poesía y la moral de aquellos pueblos. Además, no faltaron escritores que emprendiesen la tarea de trasladar á la lengua mexicana, obras notables como las fábulas de Esopo, y algunas comedias de Lope de Vega. En suma, existe, como dije antes, una variada y rica literatura indígena, destinada á infundir vigor y energía á las letras nacionales. Esa literatura ha comenzado á ser estudiada con brillante éxito por escritores ilustres, que consagran su tiempo á rastrear en archivos y bibliotecas cuanto puede contribuir á tan noble propósito. Poco es, relativamente, lo que en México se conserva; sin embargo, eso poco constituye un contingente de grande importancia, que merece aprovecharse convenientemente.

haciéndose unos á otros preguntas, y diciendo qué habían visto y habían oído; respondían con mucha alegría, repitiendo muchas veces las palabras del ángel, y diciendo: gloria, gloria, gloria, dando saltos y bríncos con sus cayados, con grandísimo regocijo y placer; luego lucharon unos con otros, y cuando se derribaban, iban rodando por el suelo asidos y abrazados muy fuertemente, con tanta ligereza que ponía espanto y daba mucho contento, afirmando su cayado en la tierra para que no pasasen adelante, sino que en él se detuviesen; en llegando ellos al cayado daban la vuelta, tornándose por donde habían ido, así abrazados y rodando; y cuando esto pasaba muy adelante, llegaban dos pastores y cogíanlos en medio con sus cayados, y así cesaba su rodar y se levantaban; mandaba el mayoral á cada uno que saliese á saltar y brincar, y llamábalos por sus nombres, á uno Domínguillo, á otro Gonzalillo, y á otros por otros nombres muy graciosos, y todos le obedecían, y finalmente, viendo que se acercaban ya los Reyes, hicieron un corral ó cerco, asidos de las manos en rueda, dejando dentro dos dellos sueltos, los cuales, con sendos cayados, andaban tras los de la rueda como si fueran toros, y con los cayados derribaban á los que cogían, y le llevaban rodando á una parte y á otra, con lo cual se concluyó su fiesta, que cierto estuvo muy de ver. Llegaron los Reyes á la puerta del patio guiados por una estrella que los indios tenían hecha de oropel, y la corrían por dos cuerdas que llegaban desde el cerro hasta la torre de la Iglesia, y tenían hechas á trechos unas torrecillas de madera altas, desde las cuales encaminaban la estrella para que corriera por las cuerdas; llegados, pues, los Reyes á la puerta del patio, se les metió y escondió la estrella en una de aquellas torrecillas, y entonces enviaron sus mensajes á Herodes para entrar; y después de algunas demandas y respuestas, se apearon y entraron en el patio delante de Herodes, y hecha su pregunta, llamó Herodes á los sabios, los cuales trujeron un libro grande, y á instancia del Rey buscó uno dellos la profecía, y hallada y relatada á Herodes, se enojó tanto con él que le quiso poner las manos; arrojó el libro por el suelo, y mandó luego al sabio que lo tomase, y tornase á leer aquella profecía, haciéndole hincar de rodillas; estaba el negro doctor leyendo, todo turbado y temblando, hojeando el libro, y como al fin tornó á hallar la profecía, y se la mostró á Herodes, tornóse Herodes á enojar con él, y tomó el libro de las manos y dióle á otro doctor, el cual, asimismo puesto de rodillas, y con la misma turbación, buscó y halló la misma profecía, y lo mismo hicieron otros dos ó tres, á quien el mismo Herodes iba dando el libro; finalmente, viendo Herodes que todos conformaban, dijo á los Reyes que fuesen á buscar el Niño etc., y él se quedó con sus doctores, dando grandes palmadas en la mesa y sobre el libro, á veces riñéndolos, y á veces arrojando el libro sobre la mesa y en el suelo, mostrando tanta cólera y enojo, soberbia y presunción, así en el aspecto como en los meneos, obras y palabras, como si de veras estuviera enojado y fuera el mismo Rey Herodes. Partidos los Reyes de la presencia de Herodes salió luego la estrella de la ramadilla y torre, y prosiguió su curso hasta llegar á la torre de la iglesia, á cuyo pie, como dicho es, estaba el portal de Betlhem. Postráronse los Reyes ante el Niño y ofreciéronle sus presentes, que eran unos jarros de plata, haciendo cada uno, puesto de rodillas, una oración breve en lengua mexicana: el indio viejo que llevaba la carga de estos dones (el cual, certificaron al padre Comisario, hacía más de treinta años que hacía aquello cada un año en tal día como aquel) puso el chicuitle, y algo apartado del portal, vuelto hacia el Niño, le habló en pié en la misma lengua mexicana, diciendo que no tenía otra cosa que ofrecerle, sino aquella carga que traía, y el cansancio que en traerla había pasado, que todo aquello le ofrecía; luego se descubrió el ángel en la torrecilla sobredicha, y dijo á los Reyes que se volviesen á su tierra por otro camino, y así ellos se salieron del patio, y la fiesta se concluyó. A la cual se hallaron presentes diez ó doce frailes y muchos españoles seculares, y más de cinco mil indios, así de los de aquella guardiana, como de otros pueblos, porque todos los de aquella comarca acuden á aquella fiesta. »

El Sr. Troncoso se encuentra en las mejores condiciones para ello; de instrucción vas-  
tísima, de laboriosidad ejemplar, de amor intenso por nuestras antigüedades, está lla-  
mado á dar poderoso impulso á esos trabajos, que indudablemente hallarán entusias-  
tas colaboradores en la juventud que se levanta llena de ambición por abrirse nuevos  
senderos en el campo ilimitado de las letras. La traducción del *Coloquio de la Santa  
Cruz*, es nueva y satisfactoria muestra de lo mucho que puede hacer el sabio y mo-  
desto director del Museo Nacional: existen fundados motivos para creer llegado el  
momento en que á la voz del erudito nahuatlato, se verifique una verdadera resurrec-  
ción literaria por la cual podamos ver lo mucho que debemos á aquellos hombres bene-  
méritos cuyas obras forman el sólido cimiento de nuestra cultura social y literaria.

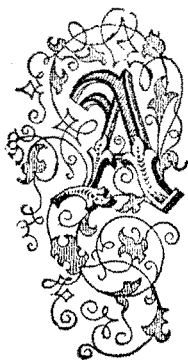
México, Septiembre 8 de 1890.

J. M. VIGIL.

---

## LOS ANÁTIDOS DEL VALLE DE MÉXICO.

---



El antiguo orden de las Palmípedas de Cuvier corresponde la citada fa-  
milia, la cual encierra un grupo de especies que tienen para el hombre  
un interés particular, pues muchas de ellas, si no todas, le proporci-  
onan un recurso alimenticio de no escaso valor; como pasa en nuestra  
Capital, en donde el consumo de las aves á que me refiero asciende  
anualmente á una cantidad bastante considerable, aunque circunscrito  
en lo general á determinadas épocas del año. De Noviembre á Marzo las  
extensas lagunas que rodean á la ciudad se pueblan, en efecto, más ó menos, de diferen-  
tes especies de patos que son objeto de grandes cacerías hechas especialmente por nues-  
tros indios. La manera de practicarlas, aunque distinta del todo por el uso de las ar-  
mas de fuego, de como la hacían sus antepasados, recuerda, sin embargo, la astucia y  
habilidad que en ellas desplegaban los aborígenes: cualidades que explotaban admira-  
blemente por el conocimiento que tenían de los hábitos ó costumbres de los animales.  
Á todos estos seres, como sucedía con las plantas, los designaban con nombres especia-  
les, perfectamente adecuados á su modo de vivir ó bien alusivos á algún carácter físico  
predominante. Referiré, por lo mismo, en este escrito, aunque sea brevemente, lo que  
atañe á la captura de estas aves, por lo que ha llegado á mi conocimiento, con el fin de  
abastecer á nuestros mercados; pero mi atención se fijará más especialmente en el es-  
tudio de ellas bajo el punto de vista de la zoología sistemática.